

Diálogos:

Máriam Martínez-Bascuñán y Fernando Vallespín Oña conversan sobre la situación política global.

"Tengo gran confianza en las nuevas generaciones, mucho más preparadas, ambiciosas y críticas que las anteriores y más dispuestas a empujar en la dirección de los cambios necesarios"

(Máriam Martínez-Bascuñán, Profesora de Ciencia Política)

- Usted fue uno de los académicos e intelectuales que supo anticipar eso que ahora se llama "el tiempo de la posverdad". En su libro *La mentira os hará libres* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012) narra cómo la confrontación partidista ha dejado de ser una lucha por imponer alternativas políticas, y en su caso ha pasado a ser una "guerra de definiciones", de "enmarques". Según usted, ya no haría falta mentir, es suficiente con ir filtrando en el espacio público esa visión que se construye a través de enmarques discursivos más que de hechos. ¿Cree que esta lectura que hizo usted podría aplicarse a lo que sucede hoy? ¿Hasta qué punto influyen las redes sociales en eso que se ha diagnosticado como el tiempo de la postverdad?

(Fernando Vallespín Oña, Catedrático de Ciencia Política)

- El tema es muy amplio. También difícil. La idea básica no es que antes no hubiera mentiras, en la política siempre las ha habido. Lo novedoso, tal y como estamos viendo, en particular después de las campañas del Brexit y la de Trump, es que ya no importan. Antes el político cogido en alguna mentira, sobre todo en el mundo anglosajón, siempre acababa teniendo problemas y se le retiraba la confianza. Es curioso cómo en inglés el término *trust*, confianza, deriva de la misma raíz que *truth*, verdad. No podemos confiar en quien nos miente. Lo que traté de hacer en mi libro es subrayar cómo ya no hacía falta recurrir a la mentira grosera, bastaba con ofrecer la imagen del mundo que más convenía a una determinada parte política. Si se conseguía esto, era posible engañar sin necesidad de recurrir directamente a la mendacidad. Aquí es donde entra toda esa discusión de los enmarques o *frames*, o el *spin*, la conveniente manipulación de la representación del mundo para ajustarla a los intereses de parte.

A la vista de lo que luego hemos visto, me quedé corto. Cuando lo escribí se podía anticipar el poder de las redes, el retorno de lo emocional a la política, la obsesión por la manipulación, pero no que las mentiras directas, las que se expresan sin apenas “retoques”, se aceptaran sin más. Desde una perspectiva sociológica, creo que el efecto más claro que están teniendo las nuevas tecnologías se podría concretar en un proceso continuo de pérdida de *auctoritas* de toda posición de autoridad o poder.

Desde el profesor, cuyas clases pueden ser contrastadas en tiempo real por el alumno con sus portátiles, pasando por los políticos, hasta los medios de comunicación tradicionales, cuyas informaciones compiten con otros contenidos, casi nunca contrastados, que proliferan en las redes. Se tiene la percepción de que muchos de estos “mediadores” sobran, algo que, por otra parte, se percibe también en la desaparición de las instancias de intermediación en el mundo económico.

Las redes se caracterizan por algunos rasgos que paso a resumir: 1.- refuerzan los prejuicios de los afines, de los que piensan como nosotros; 2.- se apela más a la emocionalidad que a la razón o a los datos fácticos: no importa lo que es real, sino lo que “se siente” como tal. A esto es a lo que se recurre para implantar, reforzar o manipular sentimientos. Por cierto, la estrategia propia de los populismos de toda la vida. 3.- Si falla la demanda o disminuye el activismo en red siempre puede ser potenciado por nuevas estrategias, como los *bots* en Twitter, que son perfiles automatizados con instrucciones claras; las *fake news*, que extienden rumores o informaciones construidas, la *news mimicry* o parodia de noticias contrastadas de los medios de prestigio, o la generación de noticias o performances escandalosas para no perder un lugar central en la economía de la atención. Hay que tener en cuenta también, 4.- que la función de las noticias en las redes sociales consiste más en “crear comunidad” entre los afines que en proporcionar información. Y para ello es imprescindible tener bien definido al adversario; se trata de apoyar la propia versión del mundo; la objetividad o el contenido de verdad pasan a un segundo plano.

Es muy posible que esta nueva emocionalidad sea una reacción frente a una política hipertecnocrática, apartada de las necesidades de la gente y excesivamente inclinada hacia la pura gestión. En cierto modo podemos decir que hay una revuelta contra este modo de hacer política y frente a quienes la practican, los políticos sistémicos y otras élites sociales, entre las cuales se encuentran, cómo no, los expertos de todo tipo. Todo conocimiento experto ha comenzado a ser sospechoso.

- Recientemente publicó con el Profesor Joan Subirats un libro titulado [España Reset: Herramientas para un cambio de sistema \(Barcelona: Ariel, 2015\)](#), donde además de hacer un diagnóstico de los problemas generales que encuentran en España y Europa (crisis de representación política, crisis de partidos, crisis del Estado de Bienestar, problemas de encaje territorial, ausencia de proyecto de futuro en Europa, crisis de valores, aparición de populismos), señalan el camino para algunas reformas. El libro se escribe en un momento de plena efervescencia de partidos emergentes, revitalización y politización de la ciudadanía, expectativas creadas después de las movilizaciones del 15M, etc. ¿Podríamos decir que en el corto plazo, ese periodo de reflexión o de bisagra hacia el reset se cierra con la investidura de Mariano Rajoy?

- Sí, creo que así es. El libro que menciona estaba muy influenciado por todos aquellos acontecimientos. De todas formas, la propia práctica política y el rápido desvanecimiento de lo que entonces se llamó la “nueva política” nos han ubicado en una situación distinta de la que habíamos imaginado. No hubo “reset”, sino continuidad. No ha cambiado nada de lo sustancial. Mi propia visión personal es ahora mucho más escéptica respecto a las posibilidades de un auténtico cambio o la implantación de reformas de calado. Considero que esto solo es posible mediante una reforma constitucional sensata y pactada; o sea, ¡consensuada!. A la vista de las dificultades para constituir un gobierno desde las elecciones del 20-N. es casi ilusorio pensar en que esta se produzca a corto

plazo. Con todo, no podemos menospreciar algunas de las transformaciones habidas: quienes en su día fueron tachados de antisistema están ahora en las instituciones; el parlamento ha vuelto a recuperar protagonismo y casi todo movimiento de avance político pasa por el entendimiento transpartidista. Esto puede ser poco “eficaz”, pero soy optimista respecto al potencial que alberga para crear una cultura del pacto. Solo bajo esas condiciones podremos conseguir avances.

Con todo, ahora mismo me hallo bastante más preocupado con lo que pasa fuera de España, con Europa en particular. Para bien o para mal, todo avance en España pasa por lo que ocurra en ese entorno más inmediato sobre el que ahora pende la amenaza populista.

- Este periodo de inflexión que se abre especialmente a partir de las movilizaciones del 15M ha sido vinculada con una brecha económica producida por un aumento de la desigualdad. Pero también, y muy especialmente, por una brecha generacional que tiene que ver con la crisis de expectativas de una generación que nace cuando la suya estaba preparando el camino hacia la transición democrática en nuestro país, y que ha “desamparado” a aquella otra que nació en ese momento. ¿Cree que es una lectura victimista de esa generación? ¿Cómo contempla esa queja? ¿Piensa que su generación podría hacer o ha hecho alguna autocrítica?

- Mi respuesta sólo puede ser afirmativa. Aparte de los problemas con Cataluña, la gran brecha en España es la generacional. Lo vemos en todas las encuestas. Afecta sobre todo a las actitudes políticas y a los valores. Y no es solo exclusivo de España. Es difícil nombrar una única causa. La más probable es, como usted señala, la falta de expectativas. El futuro está lejos de estar claro, y no sólo por lo relativo a la creación de empleo estable. Si se cumplen las peores previsiones respecto al futuro de la UE la y se produce un reflujo en el crecimiento económico es posible que nos encontremos ante una situación aún más preocupante. Con todo, tengo gran confianza en las nuevas generaciones, mucho más preparadas, ambiciosas y críticas que las anteriores y más dispuestas a empujar en la dirección de los cambios necesarios.

- Francis Fukuyama diagnosticó en su libro *The End of History and the Last Man* (New York: Free Press, 1992) el fin de la historia con la culminación de las democracias liberales y la economía de mercado tras la caída del Muro de Berlín. Ahora, sin embargo, vivimos un momento de auge de los populismos que han echado por tierra sus tesis. ¿Hasta qué punto los populismos están desestabilizando el orden liberal tal y como lo conocíamos hasta ahora? El filósofo político Rancière, por su parte, ha afirmado recientemente que “La denuncia del populismo quiere consagrar la idea de que no hay alternativa” o que no hay alternativa a consensos oficiales. ¿Qué opina de esta valoración?

- El tema es lo suficientemente profundo como para no admitir una respuesta rápida. A pesar de lo ya dicho al hablar de la posverdad, creo que sería aventurado prever que el actual auge de los populismos pueda dañar irreversiblemente los fundamentos de la democracia liberal tal y como la conocemos. Habrá que esperar a lo que ocurra en los próximos procesos electorales en los grandes países del continente. Mi opinión es que el mayor efecto de la presidencia de Trump se va a manifestar en grandes sacudidas geopolíticas. Es muy posible que ya hayamos entrado en el final del Siglo Americano, lo cual, por cierto, coincide con lo que viene sosteniendo ahora Fukuyama, con su temor a que Trump deshaga el orden mundial liberal sostenido por los Estados Unidos desde los años 50s.

Durante buena parte del s. XXI se ha venido perdiendo ese impulso hacia la democracia y su promoción que caracterizó el final del siglo anterior. Seguramente obedece a la necesidad de no importunar a la ahora todopoderosa China, cuyo eficaz modelo de desarrollismo autoritario compete bien en los países en desarrollo frente a la tradicional ecuación entre economía de mercado y

democracia liberal que salió victoriosa de la Guerra Fría. En los sucesivos estudios sobre calidad de la democracia que emiten organizaciones como *Freedom House* o *The Economist Democracy Unit* vemos año tras año cómo las democracias realmente existentes se van apartando cada vez más de su ideal. Eso del traído y llevado “orden mundial democrático” no parece estar en el orden del día de la nueva geopolítica. Todo ello es parte del proceso de “des-occidentalización” del mundo, un fenómeno que me parece obvio y que irá acentuándose en años sucesivos.

- De Trump a Putin, Erdogan o figuras como la de Le Pen, ¿puede atisbar en estos liderazgos la emergencia de un nuevo autoritarismo o populismo autoritario que vendría a sustituir ese perfil de político del establishment contra el que parece que se ha reaccionado? ¿De dónde procede esta reacción? ¿Cómo explicar que la ciudadanía prefiera a este tipo de figuras antes que a los políticos tradicionales? ¿Qué han hecho mal las élites políticas?

- Vayamos por partes. Como acabo de señalar, hay una importante diferencia entre las que podemos identificar como democracias plenas y otras que son meras “democracias electorales”, claramente defectivas. En estas últimas es donde últimamente aparecen estos grandes liderazgos a lo Erdogan o Putin, envueltos en su tradicional papel de padres de la patria. En otras, como Brasil, asistimos a sorprendentes interferencias del poder judicial en el proceso democrático; y ya vemos lo que ha ocurrido en Venezuela.

El caso de Trump es preocupante porque muestra a las claras cómo en Estados Unidos han fallado los mecanismos informales de control de candidatos: las primarias de los partidos y los medios de comunicación. Que en una democracia tan antigua haya podido ser designado alguien que ha llegado a poner en cuestión la limpieza de las elecciones, que se ha manifestado casi explícitamente como racista y misógino, y tantas otras cosas más, es algo que aún resulta inexplicable. Como dice el propio Fukuyama, la democracia de su país ya antes estaba dando preocupantes muestras de crisis de gobernanza al instalarse en ella todo un sistema de vetos institucional que hizo muy difícil la gobernanza en el periodo de Obama. Puede que la causa remota de la misma se encuentre en la fagotización del partido republicano por parte del Tea Party hace ya una década. El resultado lo acabamos de ver.

Las democracias parlamentarias europeas no creo que puedan equipararse ni a lo que ocurre en Estados Unidos ni, desde luego, a la aparición de los autoritarismos personalistas ruso, turco o hindú, por poner algunos ejemplos. La amenaza populista, al menos por los resultados que sus partidos vienen obteniendo en las diferentes elecciones, sigue siendo bastante limitada. A mi juicio, Alemania está inmunizada —no le auguro a la AfD grandes resultados en las elecciones del próximo septiembre—, y allí donde se supone que dichos partidos son fuertes, apenas llegan al 20 por ciento del voto. Habrá que ver lo que ocurra en Francia. Lo que sí me parece preocupante es que tanto el Brexit como la elección de Trump hayan tenido lugar en dos democracias anglosajonas, las más viejas del mundo, además. Objetivamente equivale a una especie de “blanqueo” del populismo que puede tener su efecto sobre otras democracias europeas de larga data. Mi impresión personal es que este efecto de blanqueo se va a subvertir una vez que los distintos electorados tengan tiempo de evaluar lo que el voto del Brexit significa para el RU y las primeras decisiones de Trump.

En cuanto a la valoración de que el populismo permite imaginar una “verdadera alternativa” en momentos en los que parece que estas se han difuminado, sí, en efecto, esa es su gran ventaja. Lo que ocurre es que no es precisamente la alternativa más deseable (risas). Si la opción es una elección entre la política sistémica tal y como la conocemos, favorable a la UE, la globalización, el esfuerzo por mantener el Estado de bienestar, etc., y la otra consiste en el cierre de fronteras, el retorno al nacionalismo y a la utopía del “pueblo auténtico”, para esto último no creo que haya una mayoría social en Europa.

Lo que a mí me preocupa no es, pues, la victoria de los partidos populistas, sino que gran parte de su discurso –e incluso de su misma retórica- se haya trasladado ya a los partidos sistémicos.

- Estamos rodeados de multitud de crisis, sin que aún sepamos hacer buenos diagnósticos y pronósticos a la luz de las mismas: crisis de la socialdemocracia, crisis del estado, crisis de representación política, crisis de la izquierda, crisis de Europa, crisis de valores en el seno de la Unión Europea, crisis de confianza pública, crisis democrática. ¿Cuál de todas ellas le parece la más relevante o la que condensa más capacidad explicativa para narrar lo que está ocurriendo?

- Bueno, aquí yo no diría que hay una crisis que explique todas las demás, sino la falta de adecuación entre el mundo político que habíamos conocido antes de la globalización y la nueva revolución tecnológica, y el que ahora se está gestando. Las consecuencias de ambos fenómenos, tan relacionados entre sí, son las que explican este malestar en la “situación espiritual de nuestro tiempo”, por valernos de la conocida expresión de Jaspers. La mayoría de las organizaciones e ideologías políticas con las que operamos provienen del s. XIX y XX, y son el resultado de las condiciones objetivas de su tiempo, la industrialización, las revoluciones nacionales y la afirmación del Estado-nación como unidad política básica, por mencionar sólo algunas.

La contradicción entre la evolución hacia una “sociedad mundial” y la tozuda resistencia del Estado como único punto de referencia para lo político ya nos ha estallado en la cara. Sin eficaces mecanismos de gobernanza mundial no podemos seguir funcionando. Lo vimos con la crisis financiera del 2008, cuando todos sentimos la ausencia de una auténtica regulación política de los enloquecidos flujos financieros. Lejos de hacer realidad lo que prometían las primeras fases de la globalización, la gestación de una política más “transnacional”, nos encontramos ahora con una vuelta al Estado, a lo “inter-nacional”. Pero este retorno sólo parece que funciona para los Estados que por su tamaño o población equivalen a continentes –China, India, Estados Unidos, Rusia, quizá Brasil..-. Para competir con ellos Europa necesita ganar tamaño, aparecer como bloque, no caer en el neo-feudalismo al que estamos asistiendo.

Si nos fijamos, tanto la crisis de la democracia, e incorporo en ella a la crisis de representación, como la de la izquierda y la de la socialdemocracia, tienen mucho que ver con la crisis de la acción política derivada de la internacionalización de la economía; es decir, la imposibilidad de regular desde instancias estatales lo que son procesos que trascienden las fronteras nacionales. Por tanto, cada vez nos vemos más afectados por procesos que se escapan a nuestro control democrático directo. El problema es que la democracia no puede vivir sin promesas, sin generar esperanzas en que los actores políticos puedan subvertir esta situación, y de hecho así lo dicen los actores políticos en los procesos electorales. Lo malo es que luego se enfrentan a la ruda realidad y el ciudadano no puede evitar el sentimiento de haber sido estafado –que se lo digan a los griegos, después de las muchas promesas Tsipras, o pronto a los británicos que votaron por el Brexit..- Esto es lo que en el fondo provoca la crisis del sistema, la falta de adecuación entre promesas e instrumentos eficaces para poder cumplirlas, entre los imperativos normativos de la democracia y los de los mercados.

Desde luego, hay medios para evitarlo recurriendo a los clásicos clichés de la política identitaria, el nosotros frente al ellos, la búsqueda de chivos expiatorios, el resentimiento contra las élites, etc. Pero en el fondo son recursos ideológicos, en el sentido marxista del término, mecanismos que sirven para encubrir la ausencia de respuestas eficaces. Estas sólo se pueden encontrar recurriendo a la gobernanza global y acentuando los procesos de integración supranacional.

- En los últimos tiempos se está cuestionando que la raíz de los problemas que vivimos tenga que ver con el problema de la desigualdad; se está contestando la idea de que resultados electorales como el del Brexit, las elecciones norteamericanas o los últimos comicios en Austria que han otorgado al

candidato ultraderechista Hofer un 47% sean la consecuencia de ese voto de protesta de los “perdedores de la globalización”. Si no es así, ¿cómo interpretar el ascenso de un voto reactivo en buena parte del continente europeo y en EEUU? ¿Qué otras variables están jugando un papel importante y parece que se nos escapan?

- La desigualdad desde luego que es un factor importante, aunque no creo que sea lo que explique, por ejemplo, que en un país tan modélico como Austria casi saliera elegido el candidato de la extrema derecha. Hay muchos otros factores. El principal seguro que es el miedo al futuro en todas sus manifestaciones: miedo a las “invasiones” de inmigrantes o refugiados, miedo a no conseguir competir en la economía global y perder, por tanto, la posibilidad de financiar nuestros Estados de bienestar. El futuro parece algo frente a lo que nos tenemos que defender más que algo que hay que conquistar. Es lo que más me preocupa de esta situación de malestar civilizatorio que estamos viviendo en Occidente.

Por supuesto, estas percepciones se anclan más en sectores de población que son más conscientes de su propia vulnerabilidad. Lo hemos visto tanto respecto de los votantes del Brexit como de – algunos, los blancos- de Trump. Mi esperanza es que los jóvenes se ubiquen en la trinchera opuesta: son más tolerantes hacia el pluralismo ideológico y racial; se inclinan más hacia el cosmopolitismo que hacia el nacionalismo y han aprendido mediante las nuevas tecnologías novedosas formas de relacionarse y cooperar. Esa es otra de las manifestaciones de la brecha generacional.

- Nos espera un año de riesgo “electoral” con los comicios franceses que se disputarán la próxima primavera del 2017 y las elecciones alemanas para elegir Canciller en septiembre, pasando por las Holandesas en Marzo donde también se espera un importante incremento del voto ultraconservador a Wilders que ha prometido un referéndum sobre la permanencia de Holanda en la Unión Europea. ¿Cómo valora ese año electoral? ¿Por qué son tan decisivas estas elecciones? ¿En qué registro político estamos para que políticos como Fillon o Merkel se hayan convertido en la esperanza blanca de la salvaguarda de la Unión Europea?

- 2017 es muy posible que sea también un año peligroso, como lo fueron también 2015 –atentados de París, las imposiciones económicas a Grecia, la masiva oleada de refugiados-, o 2016 –Brexit y Trump-. Pero, por lo que antes dije, me inclino a ser optimista respecto a 2017. No inmediatamente, porque, como ha dicho, va a ser un año electoral decisivo. La clave puede que esté en Francia. Si no gana Le Pen, y yo creo que no lo hará, y si se mantiene Merkel, a la UE no le queda más remedio que reaccionar para defender los logros de los últimos 40 años. Repito lo ya dicho: la ventaja de que tanto el Brexit como Trump hayan acontecido a cierta distancia temporal de los nuevos procesos electorales nos va a permitir contemplar cuáles son las consecuencias de aplicar políticas populistas. Lo normal es que se produzca una reacción en sentido contrario. Puede que todo esto sea más *wishful thinking* que el resultado de un análisis frío y sentido y razón, pero así es como lo veo.

Y acabo con Holanda. Todos sabemos que es el país con un sistema electoral más proporcional, así que los resultados de Wilders serán buenos. No lo suficiente, sin embargo, para poder conseguir su objetivo del referéndum. Si cayeran Holanda y Francia ya sí que, como diría Heidegger, sólo un dios puede salvarnos. Con todo, estamos muy lejos de la situación de los años treinta, tanto económica como demográficamente. Es tanto lo que podríamos perder, que no puedo concebir tal caída en el irracionalismo o el nihilismo político. Pero tampoco en insistir en mantener el status quo en el que hemos vivido a lo largo de los últimos años. Cambios, sí, pero no en la dirección querida por el populismo.